

La Exposición Internacional y Universal de Bruselas ha sido clausurada. Creemos sinceramente que fué un éxito total, en el cual a los españoles nos correspondió la parte proporcional.

Por de pronto, el conjunto arquitectónico de nuestra representación se llevó una de las medallas de oro.

Ha sido, pues, para España un buen año su concurrencia a los certámenes internacionales, ya que en la Bienal de Pintura de Venecia, el triunfo fué total por culpa de lo abstracto, aunque aquí cabe refugiarse en el lema británico, en la muy noble actitud inglesa ante los asuntos externos, de «Inglaterra con razón o sin ella». También fué bueno, solamente bueno, el año cinematográfico español, y muy bueno en Bruselas, ya que acertadamente se proyectó lo mejor de la producción cinematográfica española de varios años.

Quisiera hacer amena esta segunda y última crónica. Amena y breve; cosa que intentaré por medio también de los espectáculos o, por mejor decir, de las diferentes técnicas, y algunas curiosidades que sobre la cinematografía se han presentado en Bélgica.

En el pabellón español hubo sesiones diarias de películas largas y documentales que se vieron siempre concurridísimas de público. Hubo jornadas memorables, como las ya citadas «jornadas Bardem», a base de «Calle Mayor» y «Muerte de un ciclista», o bien en aquellas otras en que preponderaba lo «folklórico», siempre digno y puro, ya fuese danza o fiesta taurina. Gustaron mucho «Tarde de toros» y «Los clarines del miedo».

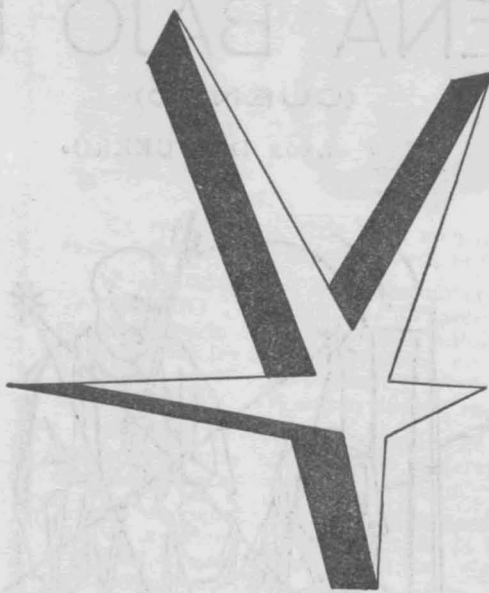
El solo documental «Goya, una vida apasionada», se proyectó durante todo el tiempo que estuvo abierta la «Expo».

Un juicio favorable sobre este tema le tenemos en la revista «Venezuela Gráfica», núm. 359, firmado por A. B. Courvoisier, que nos parece de lo más ecuánime por venir precisamente de parientes.

Dice así: «En su pabellón hexagonal, recubierto de quitasoles metálicos, los españoles han instalado una sala de espectáculos de una concepción bastante original. Después de una representación teatral, de ballets, el escenario desaparece en unos segundos, las luces se apagan, una pantalla surge descendiendo del techo y se fija sobre el muro, y del suelo se eleva un periscopio. Debajo de este periscopio, en el subsuelo, hay una cámara de proyección: La imagen del film sube a lo largo del aparato y es proyectada en la pantalla».

Sobre el escenario desfilaron todas las regiones españolas en la representación de sus «Coros y Danzas». A más intervinieron José y Amparo Iturbi, Enrique Jordá, dirigiendo a la Orquesta Nacional, Victoria de los Angeles y Antonio, en «El Sombrero de Tres Picos, Gaspar Cassadó, Gonzalo Soriano, etc., etc.

Otro éxito español, éxito de siempre, ha sido la fruta. Hubo día que se vendieron diez toneladas de uvas, agradablemente presentadas en bolsas de celofán, así como los melones, que iban en redcillas de cáñamo. Y creo que nada más a España, aunque España merece todo. Sólo que como curiosidad diré que la vigilancia de nuestro pabe-



llón estaba a cargo de la Guardia Civil, en uniforme de media gala, y que no todo era *tipique Espagne*. También había motores «Pegaso», inmensos y potentes.

Los americanos proyectaban en «Tood A. T.» y en «Cinmiracle» sobre pantallas gigantes. Checoslovaquia presentaba un espectáculo delicioso, mezcla de cine y variedades, titulado «Lanterne Mågique». Otro procedimiento yanqui era el «Circarama» de Walt Disney, quizá el más llamativo, con sus

once proyectores en círculo creando visualmente un efecto de *adentramiento* en la acción.

Los ingleses, pesados y corrientes; los japoneses, exquisitos en sus documentales sobre las tierras de sus islas; los suecos... como siempre, es decir, nórdicos, atrevidos por fríos e insensibilizados por atrevidos.

¿Una prueba pública? Los once grupos escultóricos, de proporciones colosales, de Gustav Vigelands, sobre el proceso humano de la creación.

Otro procedimiento curioso de proyección cinematográfica era el «Mir» o «Kinopanorama», bastante perfecto y muy parecido al «Cinerama». Sin embargo, las películas, sobre todo el documental «Vasto es mi país», inaguantables, a excepción de las que reflejan las actuaciones de los ballets del Bolshoi.

En el pabellón de la Unión Soviética había cosas mucho más curiosas que las cinematográficas de su «Mir»; y paradójicamente las más extremadamente burguesas de la Exposición. Por ejemplo, visones, astrakanes, martas cibelinas, zorros plateados. En la sección comestible, champagne de Crimea, salmón ahumado y caviar. (Sandwich de caviar: 100 francos). Presidiéndolo todo, el célebre cuadro de J. Brodsky, el «Sputnik» y la pila solar.

Muchos mitos e ídolos con los pies de barro han sido desmascarados o derribados en esta magna Exposición de Bruselas, gran virtud de estos certámenes, si no tuviesen otras, y gran aliento para los *pequeños*, que comprobamos que no lo somos tanto. Aquí hemos podido ver los españoles que hablar mal de lo nuestro es un vicio, una perversión, no una justicia.

La verdad siempre queda y de Bruselas quedará mucho. En primer lugar, su símbolo de un Atomium gravitando sobre la humanidad atemorizada, signo exacto de nuestro tiempo, como quedaron las luces —acuáticas y espectaculares— de Montjuich, señal inequívoca de otra época más clara, luminosa y alegre; como quedó la parisina torre de Eiffel, iniciación a unos ilusionados años por la técnica...

Hoy ni Le Corbussier con su «Sinfonía Electrónica» nos hace abrir la boca sorprendidos. Lo más, sonreímos indulgentes.

Anuncio peligroso de que entre tantas cosas, una de ellas es que estamos un tanto *saturados* y un poco desilusionados, al ver que poco hay nuevo y ni falta hace que lo haya.

ALFONSO ARÉVALO